



1956

● Gerardo Murillo Dr. Atl

Nació en Guadalajara, Jalisco, en 1874. Es considerado como uno de los personajes más polifacéticos de México; se desempeñó como filósofo, revolucionario, pintor, investigador del arte popular y de la arquitectura religiosa novohispana, literato y vulcanólogo.

En 1890, inició sus estudios de pintura en su natal Guadalajara con el Pintor Felipe Castro; posteriormente, viajó a la Ciudad de México para continuar sus estudios en la preparatoria y en la escuela de Bellas Artes. El Gobierno Mexicano reconoció las aptitudes del joven Murillo, motivo por el cual, fue becado para perfeccionarse en España, Francia e Italia. Cabe señalar, que en lugar de estudiar pintura, ingresó a la Facultad de Filosofía de la Universidad de Roma, donde fue discípulo del filósofo Antonio Labriola y del sociólogo Enrico Ferri.

En Italia, colaboró en el diario L'Avanti, órgano de expresión del Partido Socialista Italiano. Se trasladó a París, donde conoció a Leopoldo Lugones quien lo bautizó como el Doctor Atl, que significa agua, en Náhuatl. En México organizó la exposición pictórica Savia Moderna, en la que se mostró públicamente la obra de Ponce de León, Francisco de la Torre y Diego Rivera.

En 1910, año de los festejos del Centenario de la Independencia, promovió las actividades del Centro Artístico, cuya finalidad era conseguir muros de edificios públicos para pintar murales en ellos, pero el inicio de la Revolución impidió sus fines.

El Doctor Atl, como se le conocía, volvió a Europa en 1911, y en París, fundó el periódico Action d'Art, a través del cual pudo difundir sus ideas en torno a la teoría pictórica y sobre el sentido social que debía tener la Revolución maderista. En este mismo periodo colaboró para L'Humanité, que dirigía Jean Jaurés.

En París, el Doctor Atl se entera de los acontecimientos de la Decena Trágica, que culminaron con la muerte de Madero y Pino Suárez y la ocupación de Victoriano Huerta; ante esta situación, forma parte, junto con otros intelectuales mexicanos, como Miguel Díaz Lombardo, Luis Quintanilla, Lizardi y Carlos Barrera, el periódico *La Révolution en Mexique*, en el que criticaron al nuevo gobierno mexicano. Posteriormente regresó a México y se encontró con la noticia de que Huerta ya no estaba en el poder. Murillo tuvo contacto con Venustiano Carranza, quien lo nombró su representante para buscar un acuerdo con Emiliano Zapata.

Cuando los constitucionalistas se ven forzados a permanecer en el Estado de Veracruz, a causa de la presión militar de los convencionistas, Atl fundó y publicó el periódico *La Vanguardia*, en el que colabora como caricaturista, José Clemente Orozco. Al volver a ocupar los constitucionalistas la Ciudad de México, lograron firmar un pacto con la Casa del Obrero Mundial. En este pacto fue importante la labor desempeñada por Murillo junto con Alberto J. Pani, que formaron parte de la Junta Revolucionaria de Auxilios al Pueblo, que promovía Álvaro Obregón; esta Junta, se encargaba de repartir comida y dinero entre las personas más apremiadas por las necesidades de la capital, lo que permitió al Doctor Atl tener un contacto directo con el pueblo y una presencia entre las organizaciones populares.

Después de la firma del pacto, Atl se distinguió por la efectividad de su labor proselitista y organizativa entre los obreros para formar los batallones rojos, grupos de obreros armados que lucharon en las filas del Ejército constitucionalista. Dichos batallones llegaron a tener en conjunto hasta nueve mil hombres; fuerza armada que, aunque carecía de experiencia y de un entrenamiento suficiente, permitió al General Obregón enfrentar en igualdad numérica a la División del Norte.

En 1915 Gerardo Murillo, Doctor Atl, organizó la Confederación Nacional Revolucionaria, conformada por militares y civiles que apoyaron a Carranza, siendo estos los generales Obregón, Manuel M. Diéguez, Treviño, Agustín Castro, Cándido Aguilar y Pablo González, y los civiles Rafael Zurbarán Capmany, Jesús Urueta, Adolfo de la Huerta, Escudero y Verdugo, Luis Manuel Rojas, Isidro Fabela, Miguel Aguirre Berlanga y Roque Estrada. Más tarde, el Doctor Atl, realizó su campaña proselitista entre los obreros de otras ciudades, logrando constituir batallones rojos en Puebla y Tampico. Formó el Batallón Reforma Social con intelectuales como David Alfaro Siqueiros, Jesús Ibarra, Rafael Aveleira, Jesús Soto, Octavio Amador y Enrique Liekes. Posteriormente, Atl fundó otro periódico, *Acción Mundial*, que hacía propaganda por Carranza. Con este grupo se crearon oficinas revolucionarias en Orizaba, Veracruz, para coordinar a los batallones rojos y continuar el proselitismo político. Más tarde surgen discrepancias y fricciones entre Carranza y los redactores de *La Vanguardia*, motivo por el cual Atl se retira voluntariamente a Estados Unidos para regresar nuevamente al país con motivo del Plan de Agua Prieta, que es el documento de la rebelión sonorense contra Carranza.

Después de esta serie de acontecimientos, Atl se dedicó por entero a su labor artística, especialmente pictórica, en la que sobresalió por sus experimentos en busca de nuevos

pigmentos para la realización de murales. Murillo contribuyó a la historia de las artes plásticas nacionales con dos amplios estudios sobre el arte popular y la arquitectura religiosa novohispana.

En sus últimos años, Atl se dedicó a la observación del volcán Parícutín, en Michoacán. Inició en México lo que se llama aeropaisaje, es decir, paisajes observados desde un avión. Atl fue escritor de obras literarias entre las que destacan; Serie de discursos políticos, 1914-1916; Las sinfonías del Popocatepetl, 1921; Las artes populares en México, 1921; El paisaje, un ensayo, 1933; Italia, su defensa en México, 1936; Oro, más oro, 1936; La victoria de Alemania y la situación de la América Latina, 1941; Como nació y crece un volcán. El Parícutín, 1950; Gentes profanas en el convento, 1950. En 1956, el Senado de la República le hace entrega de la Medalla de Honor Belisario Domínguez. Gerardo Murillo, Doctor Atl, fallece en la Ciudad de México, en 1964.

DISCURSO DEL SENADOR LUIS I. RODRÍGUEZ

Señor Presidente; respetables señores Senadores; Señor General Don Esteban B. Calderón y Señorita Profesora Rosaura Zapata, condecorados por el Senado de la República; señores comisionados de la Cámara de Diputados; distinguido público:

Existe en los alrededores de la Ciudad de México una pirámide poco conocida, la de Tenayuca, que, desde hace muchos siglos, levanta su perfil en el firmamento como una manifestación elocuente de lo que fue la grandeza de nuestra Patria ayer. La custodiaban ochocientos centinelas, de los cuales se mantienen rígidos, a pesar de los embates de los tiempos, ciento treinta y ocho, en forma de serpientes, bruñidos por el sol, austeros, dignos, tallados sobre la roca viva.

Esta pirámide no es una sola; son ocho pirámides que se han agregado por yuxtaposición. La finalidad que persiguieron los que levantaron este monumento histórico, era la defensa de su pueblo y de su tribu, era el homenaje a sus deidades, y muchos años la primera pirámide cumplió con su destino, recibiendo sobre ella los venablos enemigos y asistiendo a las fiestas maravillosas de sus dioses. Pero no fue la única finalidad la que perseguían con erigirla. Contaba el tiempo también, y cada cincuenta y dos años, que era la fecha en que debía terminar el mundo, se congregaban las tribus en torno de ella; se apagaban los fuegos, dejaba de existir para ellos la humanidad, y cuando los dioses en la cúspide de la pirámide, en el altar de las serpientes, invocaban la clemencia suprema y frotaban sus pedernales en busca de la chispa divina, el pueblo estático contemplaba el instante, temeroso de que el mundo se hubiera detenido ahí o quisiera continuar su marcha. Cuando la chispa divina brotaba de los pedernales, el pueblo desbordaba su entusiasmo y sobre la vieja pirámide, que significaba una vieja era, volvía a construirse una nueva pirámide que significaba una nueva era.

Traigo a mi recuerdo esta expresión arquitectónica de nuestros ancestros, para compararla con la vida del Doctor Atl. La vida del Doctor Atl, que parece haberse consagrado a una simple tarea y durante muchos años persiste en realizar su obra, y cuando parece terminada, dioses, empuñando el pedernal, vuelven a buscar la chispa y le brindan la

oportunidad a nuestro homenajeado para que cubra otra nueva era en distintas actividades, en donde se produce desde su infancia, en donde llega hasta el final para que vuelva después a cubrir su cúspide y sus lomos de pirámide otra y otra tarea de las que parece que son inacabables.

En esta forma aquella pirámide que contó ocho ciclos de vida, de cincuenta y dos años cada uno, es decir, cuatro siglos de existencia comprendidos desde el XII hasta el XVI, viene a significarnos la vida de nuestro hombre, al advertir fundamentalmente en ésta, ocho maravillosas actividades que voy a tratar de describir por mandato de Vuestra Soberanía. Como filósofo, la primera; como revolucionario, la segunda; como pintor, la tercera; como investigador del arte popular mexicano, la cuarta; como investigador de la arquitectura religiosa colonial, la quinta; como escritor, la sexta; como vulcanólogo, la séptima, y como genial creador de aventuras, la última; de la que esperamos que no se escapará y para honor de México seguirá siempre rebrillando su genio y su voluntad de joven.

Su vida de filósofo arranca cuando apenas cuenta los veintiún años ciudadanos. Había nacido en esa maravillosa ciudad nuestra, Guadalajara, proviniendo de familia honorable, humilde y patriota. Su infancia discurre en los jardines de Guadalajara, enamorado del sol, enamorado de las montañas, enamorado del ambiente que lo rodea. Sin embargo, hay dentro de su pecho algo que lo empuja a actividades superiores. Viene a México, quiere conectarse con espíritus amigos, no lo logra y cobra la primera aventura de su vida: visitar el Viejo Continente, sin dinero y como Dios quiera, según expresa en alguno de sus libros; y así llega a Europa, a conocer los pueblos de Francia, de Italia y de España. No hay dinero en la escarcela, pero hay muchos ensueños en su corazón y en su cerebro, y a pie recorre los campos perfumados de Francia, los campos maravillosamente labrados de Italia, los campos que recuerdan los nuestros, en España. Allí lo vemos paso a paso, recorriendo desde París a Burdeos, de Burdeos a Biarritz, de Biarritz a Bayona, de Bayona a San Juan de Luz, de San Juan de Luz a Montauban, de Montauban a Clermont-Ferrand. Después Roma, después Madrid, siempre hambriento del paisaje, siempre enamorado de la naturaleza, siempre con su imaginación despierta a todo lo que sea bello y fecundo.

Cuando ha logrado un poco de dinero y empujado por su necesidad imperiosa de saber, se matricula en la Universidad de Roma, se matricula como alumno de la Facultad de Filosofía. Tiene por maestro a uno de los más grandes catedráticos de aquella época: Enrico Ferri. Con él hace sus primeras armas y de él recoge la sabiduría que lo ha prestigiado en todo el mundo; con él cobra sus primeras disciplinas filosóficas; llega a graduarse en la Universidad de Roma como Doctor en Filosofía.

Pero no para allí su inquietud, su inquietud intelectual. Sigue hurgando si hay más en Europa. Ya ha visitado museos, ha recorrido todos los centros de estudio y de investigación científica, se ha despertado en su yo interno ese afán infinito del saber; entonces se matricula en la Facultad de Ciencias Sociales y Políticas de París. En ella, al correr de los años, años de miseria, años de sacrificio, años de trabajo, recibe su diploma de Doctor en Ciencias Sociales; pero no satisfecho con eso, regresó a México en busca de un ambiente

mejor, en busca de un escenario donde pueda fácilmente entregarse al trabajo y aplicar los conocimientos que antes adquiriera.

Aníbal Ramírez, el gran crítico de arte, al recordar aquellos momentos del Doctor Atl, dice que es una portentosa figura del apasionante artista en aquellos días. Leopoldo Lugones lo había bautizado ya en el idioma Náhuatl, llamándole el Doctor Atl, Atl, que significa agua en Náhuatl. Llega el Doctor Atl, cuyo nombre de pila es Gerardo Murillo, y encuentra que tiene muchas cosas que hacer en nuestro país. Llega en momentos culminantes para nuestra historia.

A su salida de París había recibido la noticia del cuartelazo de Victoriano Huerta en vísperas de abordar el tren que debiera traerlo hasta playas francesas, había conocido los horrores de la Decena Trágica en la capital de su República. Cuando el Doctor Atl logra atravesar el océano y llega a territorio estadounidense, ya antes había formado en París un grupo de intelectuales mexicanos, para defender la dignidad de nuestra Patria. Ese grupo lo formaban Díaz Lombardo, Luis Quintanilla señor, el padre de nuestro flamante Embajador actual ante la Organización de Naciones Unidas, Lizardi, mi ilustre paisano, y Carlos Barrera, cuyo nombre resuena todavía en los centros intelectuales revolucionarios de aquella época. Todos ellos se encargaron de escribir un periódico que circulaba en Europa: *La Revolution en Mexique*, en el que, defendiendo las instituciones nacionales, informaban que el régimen de Victoriano Huerta no estaba fincado sobre la razón legal de nuestra Patria. Aureliano Urrutia propalaba en aquel entonces un empréstito de la Banca francesa al Gobierno de Victoriano Huerta. Más de un cable recibió nuestro homenajeado de parte del Médico xochimilca, rogándole que interviniera ante el gobierno y los banqueros franceses para que se resolviera al Gobierno de México, al gobierno espurio de México, un préstamo de trescientos millones de pesos. El Doctor Atl, lejos de atender la invitación que le formulaban los usurpadores, por todos los medios a su alcance y acompañado de los hombres cuyos nombres he citado, se ocupó en desvanecer, en el ánimo de los banqueros franceses, la idea de aportar sus capitales al gobierno espurio de México; y lo logró.

Cuando el Doctor Atl, después de haber terminado esa jornada ya histórica de por sí, llega a la capital de Washington, se pone en contacto con el Comité Revolucionario de Washington, integrado por altas figuras mexicanas, entre las que encontramos, como es natural, a Zubirán y a Urquidi. No conforme con ponerse de acuerdo con ellos en la labor que ha de desarrollar en lo futuro, provoca una entrevista con el Presidente Wilson, y llevado por su audacia, como en la mayor parte de las sorpresas que ha dado el Doctor Atl en su vida, consigue que el Presidente lo reciba, sin llevar ninguna representación; y entre el mandatario estadounidense y el joven revolucionario mexicano, se entabla un duelo discutiendo la legitimidad del Gobierno de Victoriano Huerta, duelo que naturalmente no llega a persuadir al Magistrado americano y la conferencia no tiene los resultados que buscaba el Dr. Atl.

Diríjese a nuestro país, a ponerse al servicio de la Revolución, y el viaje lo hace en una paillebot que toca la Habana, después Puerto México y, por último, Veracruz. En Puerto

México aprehenden al Doctor Atl las fuerzas de Victoriano Huerta y logra rescatarlo el Capitán del barco. Llega nuestro hombre a México e inmediatamente se pone de acuerdo con el Comité Revolucionario establecido en esta capital, durante el régimen del Licenciado Don Francisco Carvajal; pero acostumbrado el Doctor Atl a conferenciar con presidentes de la República, se le hace fácil pedir una audiencia del Señor Presidente, entonces mal llamado, Carvajal, y una vez que le fue concedida como Representante de la Revolución de México, se encaran los dos hombres: Carvajal, que está sosteniendo la situación por encargo de Victoriano Huerta y el joven Doctor Atl que viene a increparlo, a decirle que no tiene ninguna razón de llamarse Presidente de la República y que en nombre de los grupos revolucionarios lo conmina a que entregue su gobierno inmediatamente. Carvajal expresa: "Yo no tengo mayor interés en estar aquí; son las circunstancias las que me obligan; pero usted debe procurar antes la unidad de los grupos revolucionarios, y en seguida que la logre no tendré inconveniente en retirarme a mi casa."

Atl sale satisfecho de su entrevista y desde luego va al Estado de Morelos, el más cercano que tenía, a conferenciar con Don Emiliano Zapata; y es en un pueblo pequeño, modesto, sencillo, perdido en nuestro mapa; es en el pueblo de San Francisco donde el Doctor Atl, habla con el caudillo suriano, y el caudillo suriano en un gesto de patriotismo incomparable, entendiendo la realidad nacional de aquel momento, dijo: "Yo no busco prebendas, yo no necesito privilegios, yo no ando en seguimiento de tesoros, yo no quiero mejorar mi condición social; soy un simple campesino mexicano que ha incendiado la entidad federativa donde nació, para hacer que el pobre sea menos pobre; soy un campesino que reclama tierras. Vaya usted y vea a los jefes revolucionarios del Norte, y si coincidimos en propósitos, si nuestros ideales son los mismos, aquí está mi mano desde luego para sellar una amistad eterna en beneficio de la causa social mexicana."

El Doctor Atl logró recabar una carta del jefe del movimiento revolucionario del Sur, expresando estos grandes y altos pensamientos. Zapata no tuvo inconveniente en redactarla y firmarla, y fue entregada en manos de uno de los hombres más auténticos de la Revolución, que me escucha en estos momentos y que ocupa un asiento en el público mexicano: el Señor General Breceda aquí presente que fue el portador de esa carta. Chuchito Urueta, el magistral orador de la Revolución en sus auras, fue el otro comisionado. El destino de ese documento, la historia no lo ha recogido. No sabemos la reacción que el Señor Carranza haya tenido frente a la postura de Emiliano Zapata. Lo cierto es que la amistad entre esas dos altas figuras de la Revolución Mexicana no se produjo de inmediato, como la situación lo exigía para poder haber terminado la primera etapa revolucionaria de nuestro país. Sin embargo, el Doctor Atl no se siente fallido. El Doctor Atl sigue con su espíritu revolucionario, terco, abierto y magnífico, en defensa de la causa que lo trae. Es el grupo revolucionario de México el que lo alienta: Palavicini, Robles Domínguez y nuestro antiguo compañero, que ya pagó su tributo a la naturaleza, el Maestro Cravioto, quienes se reparten el prestigio de mantener dentro de la capital de la República la antorcha de la Revolución, iluminando todas las conciencias.

Pero no es el final de la obra de nuestro gran y admirado maestro el Doctor Atl: organiza en la Ciudad de México obreros y estudiantes, va a todas las fábricas, agita, se convierte en orador, recita versos, estrangula el sentimiento egoísta de las gentes que no pueden comprenderlo, habla de la miseria que existe en el país, habla de la ilegalidad del régimen que preside Carvajal, va a la Escuela Preparatoria donde ha tenido antiguos amigos que ya ocupan cátedras en ese histórico e insigne establecimiento; va a la Escuela de Bellas Artes, se conjuga con todos sus compañeros de trabajo y de ideales y poco a poco van surgiendo en el centro mismo de la República, en nuestra gran capital, con todas las posibilidades de gobierno, esos grupos que más tarde habrían de servir a la Revolución de México, ya sea en la tribuna; en el periódico o en la trinchera. No detiéndose ahí el esfuerzo titánico de Atl. Cuando ya ha logrado reunir grupos afines a su causa, sin que nadie lo espere, en otro golpe de audacia se apodera del Teatro Nacional, entonces en construcción; se apodera de la Escuela Preparatoria, se apodera de la Escuela de Bellas Artes, se apodera del Jockey Club, se apodera de la Iglesia de Santa Brígida, y estableciendo en ellos cuarteles generales, oficinas, imprentas, etcétera, comienza su lucha abierta y denodada por la Revolución, no obstante que está rodeado de los sicarios de Carvajal y amenazado por las armas de Victoriano Huerta. Este hombre infatigable, ha logrado su propósito.

El Ejército Constitucionalista entra a México el 15 de agosto de 1914. Los brazos hercúleos de Obregón aprietan con cariño al Doctor Atl, que va a informarle de lo que ha hecho. Desde entonces comienza una amistad muy fuerte entre ellos, que sólo acontecimientos posteriores logran romper.

Una vez establecido el Señor General Obregón en la capital de la República y frente a la miseria de los habitantes de México, comisiona al Doctor Atl para que reparta dinero a diestra y siniestra, obtenido de la Tesorería General de la Nación en billetes revolucionarios; y es el Doctor Atl, con otro grupo de mexicanos ahora gloriosos e insignes, el que se dedica a la tarea de parar a los transeúntes en las aceras para ofrecerles los manojos de billetes en premio de su aceptación del régimen revolucionario en nuestra capital. El General Obregón ve con satisfacción aquellas cosas. En esto se plantea el acontecimiento histórico de octubre de 1914, cuando se reúne en Aguascalientes la convención militar. Atl no asiste a ella, no tiene por que asistir. Atl sigue haciendo las funciones de la vestal encargada de mantener siempre vivo el fuego del entusiasmo por la Revolución en plena capital de la República.

El Doctor Atl se sorprende un buen día, al tener noticia del rompimiento entre la División del Norte y el Señor Carranza. Inmediatamente toma él su postura revolucionaria; se declara abiertamente al servicio de la causa que representa Don Venustiano Carranza, y sin perder un sólo instante se dedica a organizar, ya en función de choque, a las agrupaciones obreras que existían en México al amparo de la Casa del Obrero Mundial, impulsada por el propio Doctor Atl, y allá vemos al hombre pequeño, pequeño en su cuerpo y grande en su alma, dirigirse a las fábricas de hilados Santa Brígida, para organizar los primeros batallones rojos en nuestra patria; y son los obreros los que abandonan su trabajo; son los obreros los que olvidan sus máquinas para empuñar el rifle libertario, y al frente de ellos,

el Doctor Atl los conduce hasta Puebla, donde otra vez, al igual que en Atlixco, en Tlaxcala y después en Orizaba, surgen los batallones rojos dispuestos a defender al Señor Carranza en la trinchera. Toca el prestigio al Doctor Atl de que más de quince mil hombres organizados en las fábricas, llamados batallones rojos, estrellaran su coraje en las trincheras de El Ébano, en las trincheras de Celaya y en las de Zacatecas, defendiendo a la Revolución.

El Senado de la República, que en su periodo actual parece tener exponentes para brillar en cualquier minuto histórico, cuenta en su seno a Jesús Yurén, obrero de Orizaba, que a los diecisiete años de vida es soldado raso de los batallones rojos que comanda el Doctor Atl. Sin embargo, no queda satisfecho el organizador constante de estos contingentes nuevos que van a inyectar vida y denuedo al movimiento social de nuestra Revolución. Forma un Batallón que se llama Reforma Social, con espíritus brillantes, con muchachos intelectuales, con gente dinámica, no precisamente para que vayan a la trinchera, sino para que puedan extenderse a lo largo de nuestro país y llevar la palabra de la Revolución, incendiar nuevas conciencias, y si es posible servir en Estados Mayores de los jefes revolucionarios improvisados. De ese grupo recordamos a David Alfaro Siqueiros, a Chucho Ibarra, a Rafael Azeiteira, a Francisco Valladares, a Chucho Soto, que fuera Gobernador de mi tierra después; a Octavio Amador, a Enrique Liekens, batallador actual de su imprenta, y a Ignacio M. Beteta que ahora ostenta el grado de General de División. Muchos de estos elementos formaron parte en aquella época, de los Estados Mayores del Señor General Diéguez, del Señor General Juan C. Zertuche y del propio Señor General Obregón, como Enrique Liekens.

Fija su cuartel general el Doctor Atl en la ciudad de Orizaba, donde se apodera de los templos del Carmen y de San Francisco para establecer, en el primero, oficinas revolucionarias, y en el segundo, las oficinas del Obrero Mundial. En esas condiciones la vida de Orizaba cobra un aspecto distinto; ya no es la ciudad pacífica y tranquila, cubierta siempre por la pluviosilla nuestra, la ciudad trabajadora, sino que es la ciudad inquieta, el laboratorio a donde llegan nuevos contingentes a robustecer con su entusiasmo las filas de la Revolución. Atl se multiplica, Atl organiza, se convierte en militar, da órdenes, viste con cananas, lleva siempre su fusil, dice versos por doquiera, vuelve a pronunciar discursos y cuando el tiempo le sobra, hasta se dedica a ser coleccionista de mariposas.

Esta vida extraordinaria del hombre que se multiplica en aras de su causa, robustece el ánimo de los que viven en Orizaba, el centro que produce mayor contingente libertario a las trincheras.

En Orizaba publica un periódico, un periódico importantísimo que lleva por nombre La Vanguardia. En ese periódico prestan sus servicios José Clemente Orozco, como caricaturista; Raziél Cabildo, Manuel Becerra Acosta, Luis Castillo Ledón, José de Jesús Ochoa, Manuel Esparza, Juan Manuel Jifar, muchos de ellos consagrados ahora en el mundo de la pintura, de la literatura, de las bellas artes. Los vemos en aquellos días, como obreros, trabajando; como soldados, entrenándose para la lucha; como pensadores, contagiando con su sentimiento el de los demás; como mexicanos, satisfechos y orgullosos del cumplimiento de su deber.

Viene el tiempo, corriendo, y en marzo 15 del año de 1915, el Doctor Atl organiza la Confederación Nacional Revolucionaria, que él preside, Confederación encargada de agrupar dentro de su seno a todas las altas figuras militares y civiles capaces de honrar a la Revolución y de defender las instituciones que representa el Señor Carranza. Entre los militares de abolengo que causaron alta en esta agrupación civil y democrática, figuran el Señor General Obregón, el Señor General Diéguez, el Señor General Treviño, el Señor General Agustín Castro, Don Cándido Aguilar, el General González; y entre los civiles, figuras rutilantes como la de Rafael Zurbarán y Capmany, Jesús Urueta, Adolfo de la Huerta, Escudero y Verdugo, Luis Manuel Rojas, Isidro Fabela, Manuel Aguirre Berlanga y Roque Estrada. Cada uno de estos civiles destaca con los años, sirviendo a la Revolución, uno como Presidente del Congreso Constituyente, otro como Ministro de Educación, otro como Secretario de Relaciones, etcétera. La pléyade luminosa de los cerebros jóvenes de aquella época, al servicio de su Patria y organizados por el cerebro y por la mano y por la voluntad del Doctor Atl.

El Señor General Obregón, en septiembre de 1915, encontrándose el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista en Veracruz, comisionó al Doctor Atl para que en su nombre y en el del grupo que éste presidía, o sea, la Confederación Nacional Revolucionaria, invitara al ex Gobernador de Coahuila para que visitara los campos revolucionarios y los campamentos que comandaba el propio General Obregón a lo largo del país. El Doctor Atl atendió con mucha eficacia esta importantísima comisión, y en la Historia del Ejército Constitucionalista consigna nuestro buen amigo, el Señor General Juan Barragán, el mensaje dirigido por el General Obregón a Don Venustiano Carranza en Veracruz, indicándole el camino que debía seguir en su recorrido y que él lo esperaba en la Ciudad de Tampico, adonde llegó acompañado del Señor Doctor Atl.

Más tarde el Doctor Atl, llevado por el deseo del Gobierno de México, de que lograra en Washington el reconocimiento de aquel gobierno para el nuestro, emprendió un viaje en compañía del Señor Ingeniero Palavicini y del Señor Ingeniero Modesto C. Roldán, con el objeto de ponerse en contacto con las organizaciones obreras norteamericanas y obtener de ellas el impulso necesario para que el Gobierno de la vecina República accediera a reconocer al nuestro, de acuerdo con la política internacional que se había impuesto en aquella ocasión. Esta comisión tuvo un gran éxito. Las organizaciones norteamericanas se solidarizaron con las organizaciones obreras mexicanas, y el impulso resultó parejo cuando ambas pidieron al gobierno Norteamericano que reconociera al gobierno revolucionario de nuestro país. A su regreso el Doctor Atl, incansable luchador, publica el periódico Acción Mundial; después se dedica a combatir todas las fuerzas opuestas al Señor Carranza, y llega un momento en que discrepa con el Jefe del Ejército Constitucionalista por los artículos avanzados de La Vanguardia, sostenida por aquella pléyade de muchachos intelectuales mexicanos. Voluntariamente el Doctor Atl se retira y se va en plan de exiliado a los Estados Unidos, donde permanece durante tres o cuatro años para no constituir ningún problema al Señor Carranza, ni ser motivo de discordia en la familia mexicana.

Pero el tiempo sigue su marcha inescrutablemente y en abril de 1920 el Doctor Atl recibe la noticia, en su refugio neoyorquino, de que los hombres del Norte, los revolucionarios del Norte acababan de proclamar el Plan de Agua Prieta, rebelándose contra el Señor Carranza. El Doctor Atl, a pesar de estar exiliado o de sentirse exiliado por este régimen, olvida todas las circunstancias pasadas. Vale más en su conciencia la voz del revolucionario austero y cabal, y sin meditarlo mucho, quince días más tarde se presenta ante el Primer Jefe, rogándole que se olvidara todo lo pasado y expresándole que él ocupaba su puesto en la trincheras para defenderlo. Así lo hizo el Doctor Atl. Acompañó al Señor Carranza hasta Aljibes, disfrutó siempre de su confianza. El Señor Carranza lo premió con su grande amistad; y cuando se desplomó el cuerpo de aquel gigante, que todos veneramos y que todos queremos como el paladín más alto de la Revolución de México, el Doctor Atl juró no volver a actuar en ese movimiento, y anegados sus ojos de lágrimas como todos los revolucionarios fervorosos y sinceros, se dedicó a otras actividades que no fueran ya las de la Revolución de nuestra Patria.

Ahora viene la tercera etapa: la de pintor. Y perdónenme que no hilvane con justicia mi pensamiento, ni haga florilegios de retórica, porque ha sido muy difícil obtener los datos del Señor Doctor Atl, ya que él no conserva nada de su vida, y cuando se le pregunta si es cierto que efectuó ese acto, dice que lo ha olvidado. Es un hombre que nunca nos ha dado un dato de su vida, ni quiere recordarla tampoco. Estos apuntes los hemos obtenido en infinidad de libros y con amigos suyos; es por ello que apenas estoy pergeñando su biografía.

En el año de 1890 el Doctor Atl estudia pintura en Guadalajara con Felipe Castro; después ingresa en la Escuela de Bellas Artes en México; sale a Europa, donde se perfecciona en 1896. Regresó a México en las condiciones que he dicho y se encuentra con que existe una revolución con el mundo de la pintura, la revolución de los románticos contra los modernistas. Julio Ruelas sigue pintando cadáveres, sigue pintando naturaleza muerta. Julio Ruelas y con él los hombres de su escuela no han comprendido la emoción de su patria; en cambio, los que aspiran a renovar la pintura nacional traen ya mejores y nuevas ideas. El Doctor Atl participa en ellas con el arco iris que trae de Europa y con las audacias de París. José Clemente Orozco, en su autobiografía que consulté hace dos o tres días, relata cuando se encuentra con el Doctor Atl en esos momentos en que Atl viene de Europa y viene enseñando a los pintores mexicanos una técnica distinta; ya no la cosa de caballete, ya no el cuadro preciosista, ya no la hija del rico que ha tenido la vanidad de que algún pintor ilustre la consagre en su lienzo. El Doctor Atl habla de las cosas que él ha visto en la Capilla Sixtina, en el Vaticano; habla de la pintura de Leonardo hecha sobre muros. El Doctor Atl comienza a expresar su pensamiento artístico pintando las paredes, como le da lugar; el Doctor Atl no habla de que sea la cara hermosa, ni que sea el ángulo, ni que sea el sol radiante, ni que sea el paisaje fecundo el que ocupe su inteligencia; el Doctor Atl quiere hurgar en las vecindades de México; quiere meterse a las pocilgas mexicanas; quiere darle vida a los personajes mexicanos, que son los únicos que tienen derecho a ocupar las paredes y a ocupar la riqueza folklórica de nuestro país, y lo consigue.

Antes, el pintor mexicano, lo mismo que el músico y lo mismo que el artista en general, estaban absolutamente de rodillas frente a lo que existía en Europa. No era capaz el pintor mexicano de levantar su personalidad y su grandeza para desafiar a los pintores del mundo. ¡Ah, no!, se necesitaba que hubiera estudiado en las academias europeas y que su esfuerzo y su imaginación merecieran la aprobación de Montparnasse. El pintor mexicano no era capaz de captar una esperanza, no era capaz de recoger una imagen, de iluminarse con un rayo de sol. Diego Rivera, Siqueiros y toda esa pléyade maravillosa de artistas siguieron la nueva técnica que este hombre vino a reclamarles: desdoblar las rodillas, levantarse frente a los pintores europeos, demostrando que aquellos no eran otra cosa más que participantes de un negocio internacional en que los falsos prestigios y las famas inciertas eran los que hacían que sus cuadros fueran más solicitados; y así nació la aurora de la pintura mural mexicana, y así nació el despertar de la conciencia de nuestros artistas. Y vemos al Doctor Atl que sube a las crestas de nuestras montañas a perderse entre sus nieves, llevando su propio fuego, el fuego de los volcanes; así vemos cómo Herrán se dedica a pintar criollas y a pintar mestizas, en lugar de pintar manolas; así vemos cómo nuestros pintores Diego Rivera y Siqueiros van a los barrios bajos de México a inspirarse; así vemos como nuestros músicos quiebran su batuta y dejan de tocar los últimos aires parisinos para encontrarse con la música auténtica de México, cuando en 1913 siseaban a Ponce en el Palacio de Bellas Artes porque presentaba la Estrellita como auténtica pieza mexicana. Y esa obra grandiosa de Atl no podemos olvidarla, no podemos olvidarla nunca, porque fue con su pincel, con su corazón y su cerebro, el que encaramo a México a la gloria.

Todavía en las fiestas del Centenario, el Gobierno del General Díaz autorizó que se estableciera aquí en la Alameda, en el lugar más importante de nuestro país, una exposición pictórica española, donde los artistas consagrados de España en aquella época nos hicieran el favor de venir a presentarnos su obra. La subsidió con cincuenta mil pesos, y poco a poco fue llenándose de cuadros, de pinturas, de paisajes, aquel gran salón en donde el pueblo mexicano de huaraches y calzoncillos recorría todas sus galerías, admirado de ver ciudades que nunca conoció, paisajes que jamás habían iluminado sus pupilas y fisonomías que no respondían a la de los nuestros.

Parecía que México no tenía pintores. Ya en 1910 Atl organiza ese espíritu de rebelión; Atl dice que no se concibe que en las fiestas centenarias venga una exposición de pinturas españolas para decirnos lo que debe entenderse en este maravilloso arte, y vencido por las razones expuestas por el grupo de Atl el Gobierno de Díaz tiene que consentir en que sean los mexicanos los que formen otra exposición, coincidiendo en las mismas fechas de la española; sólo que a los nuestros les otorgo tres mil pesos de subsidio. Sin embargo, el Doctor Atl organizó el grupo de pintores. Son cincuenta pintores mexicanos y catorce escultores mexicanos los que participan en esa exposición. El Doctor Atl se hace pedazos para garantizar el éxito de la misma; busca cuadros en todas partes, saca a nuestros pintores de donde están; los lleva después de grandes esfuerzos de persuasión, de convencimiento, y entonces por él se establece el veredicto aclamatorio, ya no el prestigio de la fama española, ni la consagración del público a cualquier cuadro hecho

por europeos. En una manifestación mexicana, donde hay gentes que no conocen de arte, pero que si lo sienten, se muestra un cuadro ante todos, reclamando el veredicto: "¿Merece este cuadro figurar en la exposición?". Y era el aplauso, la aprobación unánime la que hacía la selección, y en esa forma cincuenta pintores mexicanos presentaron más de mil cuadros y catorce escultores más de doscientas esculturas. El triunfo perteneció a nosotros y Atl, no satisfecho con ello, comienza a investigar por qué no se ha desarrollado la pintura en México, cuando tenemos más imaginación, más sentimiento y más coraje que los antiguos y los consagrados en la actualidad. El secreto estribaba en que nosotros no conocíamos los medios físicos y químicos para producir la pintura. No es lo mismo copiar un cuadro de Sorolla si conocemos los implementos que emplea el gran artista y soñador para darle vida a su obra, que empleando nuestros viejos procedimientos que no representan la belleza y el resplandor y la luminosidad del cuadro.

El Doctor Atl ataca ese problema con energía y con sinceridad, y gracias a su esfuerzo encontramos el color seco de la resina, capaz de poder barnizar una madera, un papel o un metal o la roca misma. El Doctor Atl encuentra la perfección física de nuestras pinturas y he allí cómo México, a partir de 1922, que es el año de la aurora de la pintura mural, surge con una pléyade de artistas escogidos que han de causar asombro al mundo entero y con los materiales necesarios para que se inmortalice el genio de nuestros pintores sobre nuestros muros y sobre nuestros lienzos. Organiza después el Doctor Atl el Sindicato de Artistas, encargados de ejecutar las obras murales. En ese grupo ya quedan Diego Rivera, Siqueiros, Orozco, el propio, Atl y tantos y tantos otros. El resultado del esfuerzo de ellos lo conocemos bien: México ha ocupado el puesto que le corresponde por sus grandes artistas y sigue su camino, seguro de obtener la victoria por la plétora de inteligencias en nuestro país y por haber dominado el secreto de producir los materiales indispensables para el alto mérito de nuestros cuadros.

Pero esto no es todo. Ahora analicemos, ya en grandes aspectos, la figura venerable del Doctor Atl en lo que se refiere al investigador de nuestras artes populares, que después de haber dado el tema al cuadro y el material para plasmarlo necesita el personaje capaz de inmortalizarlo, y ese personaje lo busca en las artes populares mexicanas, en el hombre más humilde, en el hombre histórico, en el hombre fecundo, en el hombre que ha hecho Patria. El Doctor Atl, en todos esos menesteres, con una gran luminosidad y con un gran acierto, logra seleccionar y logra revivir en las páginas históricas todos los temas que ahora con admiración contemplamos en la escalinata del Palacio Nacional, en la escalinata del Palacio Gubernamental de Morelia, en la escalinata de Granaditas en Guanajuato, en la Universidad de Morelia, en la Universidad de Guadalajara, etcétera, etcétera. Ese gran paso se lo debemos al Doctor Atl.

Hay todavía más: Seguro él ya de su propia obra, acepta la invitación que le hace el Señor Ingeniero Pani para que realice un portentoso esfuerzo en lo que antes no se había intentado: la historia de nuestras iglesias mexicanas. Y el Doctor Atl recorre una por una nuestras iglesias consideradas como monumentos nacionales, y él es el que investiga el origen del cuadro y el que analiza el altar y el que dice el estilo de la cúpula y el que canta su emoción frente a la fachada, todo esto recogido en documentos, en retratos y en su

propia explicación, para enriquecer las bibliotecas de los doctos con una colección de seis volúmenes, no superada hasta ahora, y que se refieren exclusivamente al tema de la historia religiosa colonial de México.

Aquí hemos terminado, señores Senadores, público muy distinguido, de examinar, aunque sea a vuelo de pájaro, la fecunda vida del Doctor Atl. Llegamos a la última etapa, la que podríamos calificar de creador genial de las grandes aventuras. La naturaleza ha dotado al Doctor Atl de una energía extraordinaria. Cualquiera de esas jornadas que nosotros nos hubiéramos impuesto, seguramente habría agotado nuestro esfuerzo; sin embargo, no una sino ocho veces las ha repetido él en distintas actividades y en distintas situaciones. Por eso alguno de sus críticos, el Señor Benítez, decía y con razón: "En Atl más que un hombre endeble hay un gran cosmos, puesto que es capaz de realizar todo el empuje de su esperanza y de su emoción cuando se trata de dignificar a México. Si no encuentra en nuestro país cosas que puedan realizarse en beneficio de la Patria, las busca en el mundo entero, y si el mundo se niega a darlas tiene que buscarlas en el otro mundo, para saber que está trabajando incansablemente al servicio de nuestro país." Por eso es grande Atl; por eso la Comisión Senatorial escogió su recia figura para presentarlo como paradigma de voluntad a todos los jóvenes mexicanos; por eso merece nuestro aplauso y nuestra veneración, porque él, a pesar de haber sido fecundo, a pesar de haber sido grande, a pesar de haber sido inmenso en las ocho obras que ha ejecutado en su vida, jamás ha exigido ninguna recompensa, ni en grados militares, ni en riqueza material, ni en honores políticos, ni en honores sociales; nada; jamás ha recibido una medalla, jamás ha recibido un oficio agradeciéndole sus servicios, nunca ha recibido más que el aplauso y la admiración y la satisfacción del propio Gobierno.

El Doctor Atl, como vulcanólogo, ha seguido la vida del Paricutín, desde su nacimiento hasta su ruina. Hizo más de tres mil dibujos a este respecto y ciento y tantas pinturas que entregó en obsequio al Gobierno Mexicano para el pueblo de nuestro país.

El Señor Licenciado Don Miguel Alemán, gran impulsor de la cultura mexicana, aceptó que se imprimiera un libro que es ejemplar en las bibliotecas de todo el mundo, dónde se consignan estos datos para honor y prestigio de un gobierno. Por eso es, Señor Doctor Atl, que tenemos los Senadores de la República la inmensa satisfacción de haber prendido en su pecho nuestra más alta, nuestra más distinguida presea.

Los que hemos visitado en Londres la tumba de Disraeli nos sorprendemos de ver que siempre hay rosas fragantes, manteniendo su recuerdo; y cuando hemos preguntado por qué, en un país que no está abierto a la primavera la mayor parte del año, nos han contestado que la vida de Disraeli comprende desde el invierno a la primavera: las flores invernales se manifiestan para recordar que ha habido mucho hielo y mucha indiferencia en las gentes que lo conocieron, y las flores primaverales se manifiestan para expresar que su vida siempre fue joven en el cerebro y siempre fue joven en su corazón. Que este símil, Señor Doctor Atl nos recuerde permanentemente su presencia en este salón benemérito, que usted honra; que esa medalla depositada con tanto sentimiento patriótico en su pecho, no sea sino una lección fecunda que recibimos, para que jóvenes o viejos, niños o maduros, siempre sintamos sobre el pecho nuestro, el aletazo del deber que nos obliga a trabajar al servicio y la grandeza de nuestra Patria.